

## **La configuración de la crónica periodística de Tomás Eloy Martínez como relato histórico de la dictadura en la Argentina**

### **The configuration of the journalistic chronicle of Tomás Eloy Martínez as historical account of the dictatorship in the Argentina**

**Jeovanny Moisés Benavides**

Universidad Técnica de Manabí (Ecuador)

jeovanny14@gmail.com

#### **Resumen**

El periodismo construye la historia cada día y para ello apela a géneros como la crónica. Este género es la forma original de concebir un trabajo histórico en el sentido de que se trata de la acción más elemental para explicar lo que ha sucedido. La crónica sale de sus fronteras y pretende configurar la realidad en base a una mixtura entre literatura y la narrativa histórica con la narrativa periodística. En este híbrido se articula un relato nuevo, un relato que busca rescatar la memoria con herramientas propias del campo de la ficción literaria. A la luz de esta perspectiva analizamos la forma en que este género ha tratado la dictadura en la Argentina. Para ello abordamos dos crónicas de Tomás Eloy Martínez. El recorrido que trazamos va desde

#### **Abstract**

Journalism builds the story every day and this appeals to genres such as the Chronicle. This genus is the original form of conceiving a historical work in the sense that it's the most basic action to explain what has happened. The story out of its borders and aims to set up the reality based on a mixture between literature and the historical narrative with the journalistic narrative. This hybrid articulates a new story, a story that seeks to rescue the memory with tools of the field of literary fiction. In light of this perspective, we look at the way in which this genre has treated the Argentina dictatorship: this approach two Chronicles of Tomás Eloy Martínez. The route that we draw ranges from the analysis of infant abductions and a portrait of the figure of the dictator

*Jeovanny Moisés Benavides*

*Vol. 1, N.º 54 (abril-junio 2017)*

el análisis de los secuestros de bebés y un retrato de la figura del dictador Videla y pasa por el testimonio de las víctimas. A partir de este mosaico de historias pretendemos destacar la forma en que la crónica configura un exhaustivo y relevante relato histórico y, sobre todo, la manera en que este género es capaz de preservar la memoria de las víctimas.

Videla and passes through the testimony of the victims. From this mosaic of stories, we aim to highlight the way that Chronicle set up a comprehensive and relevant historical account and, above all, the way in which this genre is capable of preserving the memory of the victims.

**Palabras clave:** periodismo; historia; crónica; memoria

**Key words:** journalism; history; chronicle; memory.

**Artículo recibido:** 06/04/2017; **evaluado:** entre 21/04/2017 y 20/05/2017; **aceptado:** 15/06/2017.

La crónica es un género que no le pertenece al periodismo. Al contrario, cuando el periodismo se forja como disciplina se apropia de la crónica, cuyos vínculos con la historia son milenarios. Por ello, la forma narrativa de este género mantiene vigente aún connotaciones históricas. Al periodismo la crónica llega convertida en memoria y con la propuesta de rescatarlo de su dramática transitoriedad de las informaciones cotidianas.

En el ejercicio de las prácticas tradicionales u ortodoxas, las notas de prensa se elaboran con la intención de producir olvido: nadie recuerda las notas del día anterior o de la semana que pasó, porque son recicladas, reemplazadas por las nuevas; y así, en una cadena infinita. ¿Puede la crónica periodística configurar un relato histórico que permita detectar el rastro de la violencia en América Latina? ¿Puede este género hacernos leer de formas distintas y a la vez entrelazados acontecimientos históricos de tal magnitud como la dictadura argentina? Lo pondremos a prueba explorando dos crónicas que sobre este tema ha escrito Tomás Eloy Martínez.

Autores como Hayden White (1992) consideran que la crónica junto con el relato son los elementos primitivos en la narración, y que ambos constituyen una manera de explicar las formas de representar, de un modo comprensible para un público, los procesos de selección y ordenación de los datos del primer registro histórico. La construcción de este relato está presente en muchas manifestaciones narrativas y ha estado siempre vigente en el transcurso

de los siglos. Sobre este punto Ricoeur (1995) afirma que una historia no sólo es una enumeración de sucesos en orden serial, sino que debe ser una totalidad inteligible, de tal manera que pueda uno preguntarse cuál es el tema de la historia.

El narrador-historiador presencia los hechos, pero también recoge información por medio de documentos y entrevistas a los testigos o protagonistas del suceso, con el propósito de rescatar hechos relevantes del acontecer social para evitar, según Herodoto, “que las acciones realizadas por los hombres se apaguen con el tiempo” (Borges, 1984: 17).

Los cronistas de indias fascinaron a Europa con sus relatos del Nuevo Mundo a fines del siglo XV e inicios del siglo XVI. Se trataba de relatos de hazañas, contadas en orden cronológico a cargo de un testigo cuya misión era precisamente defender su presencia como narrador de tales proezas. Lo que analizamos desde el prisma de la crónica, en sus vertientes e hibridación histórico-periodística, es un enfoque que encaja perfectamente con los temas relacionados con la dictadura argentina.

Carlos Alberto Carvalho (2014), en su estudio sobre memoria y narración en el periodismo, sostiene que hay otra dimensión implicada en toda investigación acerca de la memoria y que, a primera vista, constituiría su par antinómico: el olvido. En este contexto, el periodista literario presenta una mirada subjetiva del mundo. Es testigo, en muchas ocasiones, de lo que narra. En estos autores predomina un registro documental, en el que intervienen “rasgos que acusan la libertad del escritor, como la especial percepción de los hechos, la agudeza, su fuerza evocadora” (Matute, 1997: 717). Es precisamente esto lo que sucede con los textos que analizamos sobre la dictadura argentina de Tomás Eloy Martínez.

### **Dictadura en Argentina: 1976-1983**

La dictadura en Argentina es uno de los acontecimientos más atroces, crueles e injustos de la época contemporánea. El 24 de marzo de 1976 las Fuerzas Armadas de este país dieron un golpe militar. Desde entonces y hasta 1983 el gobierno de facto secuestró, torturó y asesinó a miles de personas consideradas subversivas, sospechosas de pertenecer a los llamados “montoneros” y a cientos de activistas civiles sin relación alguna con las organizaciones armadas. Aunque no existe un número exacto, diversos grupos de derechos humanos estiman en alrededor de treinta mil las personas desaparecidas. Sus cuerpos nunca fueron entregados a sus familiares y permanecen, en su mayoría, desaparecidos. Además, cientos de bebés fueron robados a sus verdaderas madres y entregados a otras, familiares afines al régimen.

Lo que proponemos es un recorrido histórico de este acontecimiento, bajo la perspectiva de la crónica periodística. Para ello analizamos dos crónicas de Tomás Eloy Martínez, un maestro del periodismo literario latinoamericano. Las crónicas “La identidad perdida” y “Videla y sus cuentas pendientes” pertenecen a Tomás Eloy Martínez. En la primera, damos cuenta de la manera en que un joven descubre que es uno de los cientos de bebés secuestrados y cómo se percata que toda su vida ha sido una mentira. En la segunda, el autor pretende buscar una respuesta al debate instaurado sobre una posible reconciliación con el pasado.

Empecemos, sin más dilaciones, con este recorrido al mundo de la dictadura argentina que comprendió el período de 1976-1983.

### **La dictadura bajo el prisma del hacedor de realidades: Tomás Eloy Martínez**

A Tomás Eloy Martínez se lo conoce por sus novelas y crónicas. A lo largo de su vida autoral tuvo un pie entre uno y otro género, incluso rozaba con facilidad las fronteras entre ellos. Nació en 1934 en Tucumán, Argentina. Su vida estuvo marcada por el exilio, por sus diálogos y escritos sobre Juan Domingo Perón -uno de los hombres más importantes de la historia argentina-, y por su compromiso con la libertad. Particularmente, sus textos sobre la dictadura en su país son decisivos para reflexionar sobre esta etapa histórica dolorosa, controvertida socialmente y que marcaría en la vida de todo el país un antes y un después. La Argentina contemporánea, incluso, no podría pensarse sin pasar por alto este acontecimiento.

Desde los 20 años, Tomás Eloy Martínez se desempeñó como periodista en diversos medios. Se caracterizó rápidamente por su buena pluma y por ser crítico con el poder. Por ello fue amenazado de muerte y se exilió en Caracas, Venezuela, durante todos los años que duró el proceso de la dictadura en Argentina. Y regresó para contar las historias sobre esa etapa que tanto dolor despierta aún hoy. Los dos textos que analizamos en este trabajo son “La identidad perdida” y “Videla: las cuentas pendientes”. Ambos son parte del libro *Réquiem por un país perdido*, publicado por la editorial Aguilar en 2003.

Anteriormente, decíamos que al autor se lo identifica porque sus textos rozan la ficción y la realidad. Hay entre estos aspectos una delgada línea que este escritor cruzó más de una vez. Sin embargo, su estilo, aún en sus relatos más increíbles, siempre se mantuvo fiel al lector. Entremos en detalles con una pregunta trascendental: ¿Hasta dónde el escritor de ficción inventa la realidad? Tomás Eloy Martínez fue un gran inventor de realidades. Estudiosos como Juan Villoro (2008) aseguran que la realidad es algo que se crea y recrea incesantemente. No podemos partir de la base que la realidad está ahí, tangible y somos un mero espejo de eso.

Hay algo más. ¿Hasta dónde el cronista configura esa realidad? ¿Cuál es su límite y quién lo define?

Hay una anécdota que evidencia nuestro criterio y pone en evidencia el actuar de Tomás Eloy Martínez. Su novela “Santa Evita” fue escrita como una ficción, pero como si fuera un reportaje, con profusas técnicas propias del campo del periodismo. En esta obra, él es una persona que se representa a sí mismo, un periodista que está haciendo una investigación y para ello consulta innumerables fuentes, entrevista personas y aquellos datos que recoge no necesariamente son verdaderos. Los hechos que ha recabado no sucedieron realmente, no pasaron jamás, pero la manera de contarlos es como se contaría una historia verdadera. Es una manera, una forma de escribir, que engaña al lector.

En “Santa Evita”, este periodista va a una filmoteca y ve una cinta en la que está Juan Domingo Perón junto a Evita en un estado de éxtasis frente a una multitud que se encuentra observándolos. Entonces ella le dice unas palabras al oído a él y el autor se pregunta ¿Qué le habrá dicho Evita a este hombre que se encuentra en un baño de multitudes, qué le habrá susurrado al oído a este gran líder argentino? Tomás Eloy Martínez pensó las sílabas que cabían en esa frase y en el temperamento un tanto melodramático de Evita y dijo que la frase debió ser “Gracias por existir”. Una frase exaltada y que podría ser muy propia de ella.

Entonces pasan los años, ya publicada la novela, y Tomás Eloy Martínez va a un museo del peronismo y encuentra una sección que se titula “Frasas célebres de Evita”. Y una de ellas es precisamente “Gracias por existir” dirigida a Juan Domingo Perón. Entonces escribe un artículo en el diario *La Nación* y dice que ha creado una ficción, pero lo que son las cosas, esa ficción muchos pensaron que era verdadera y está equivocadamente en un museo del peronismo. Acto seguido recibe una andanada de insultos de los simpatizantes de Evita y de representantes peronistas que le decían, entre otras cosas: “¿Quién se cree usted para mancillar el nombre de Eva Perón, afirmando lo que ella dijo o no dijo? Esa frase la dijo ella, es inmodificable, no pretenda dañar la memoria histórica de una gran dama”. Por ello era un gran creador de realidades.

Refutado por los críticos, Tomás Eloy Martínez (2009) se cuestiona en el prólogo de *Lugar común la muerte*: ¿Cómo se puede saber que es verdad aquello que se relata? Y concluye categóricamente: “Avanzar más allá de las convenciones de la verosimilitud me permitió advertir que, al otro lado de esa frontera, hay un lenguaje de imaginación que es igualmente verdadero” (Martínez, 2009: 5). Ese lenguaje de imaginación fue profusamente empujado por este autor en la biografía novelada que hiciera sobre el mismo Perón y en la ya referida “Santa Evita”.

En una época de hibridez genérica, uno de los debates es la construcción de lo real. Y para ello se apela a diversas estrategias o géneros discursivos. Uno de ellos es la denominada “novela histórica” o “reportaje novelado”. ¿Existe tal cosa? Si la novela es un relato de ficción y la historia cuenta lo que sucedió realmente al igual que un reportaje periodístico, ¿cómo podrían complementarse o ir juntos ambos términos? Lejos de las críticas de los argumentos ortodoxos, la mixtura vino a enriquecer los textos y la reconfiguración de un pasado que ha sido siempre muy difícil asir. Por más relato histórico que se pretenda escribir, finalmente ¿quién puede decir que aquello que se narra responde de forma fiel y ciento por ciento a la realidad, a la verdad?

En torno a esta discusión y debate entran los textos del argentino Tomás Eloy Martínez. Uno de los méritos de sus obras, de los muchos que hay, es que trata de no tomar partido ni de loar a los personajes, expone las actitudes de los mismos sin que de por medio haya una mirada compasiva o permisiva sobre aquello que ha sido objeto de cuestión o rechazo. Las revelaciones sobre los protagonistas de sus historias manifiestan, en ocasiones, verdades que al parecer han pasado ocultas durante muchos años, bajo la pretensión de evidenciar lo que fue o pudo haber sido determinado personaje.

Se trata, en todo caso, de una construcción que adquiere ribetes biográficos, porque traza un mapa del recorrido de sus personajes desde su nacimiento hasta el momento culminante por el cual son recordados e incluso hasta su muerte. Eso pasa con su novela sobre Eva Perón, por ejemplo, en la que sus investigaciones echaron luz sobre el mito que se había tejido en torno a ella. Esto significa que, a diferencia del novelista tradicional que ficcionaliza los hechos conforme a sus caprichos o criterios netamente estilísticos, Tomás Eloy Martínez realizó una ardua y exhaustiva tarea de reportería para elaborar cada uno de sus textos: acudió a bibliotecas para recopilar datos, realizó entrevistas a cientos de personajes, escuchó las radionovelas que Evita hizo, leyó cada uno de sus discursos y un innumerable etcétera.

Tomás Eloy Martínez tenía claro que, tanto la historia como la ficción, se construyen haciendo alusión al pasado, tratando de reescribir un mundo que ya no está y que se ha perdido para siempre. Tratar de asirlo es ya todo un desafío y para ello el procedimiento histórico o el ficcional constituyen formas válidas. Asegura que los hechos están envueltos por una poderosa ilusión y que sólo una convincente narración puede poner en evidencia ante la gente estos acontecimientos.

Con ello estamos presenciando un rechazo a las pretendidas verdades absolutas. Sobre esto, Hayden White expresa: “una de las características de un buen historiador profesional es la coherencia con que recuerda a sus lectores la naturaleza puramente provisional de sus caracterizaciones de los acontecimientos, los agentes y las agencias encontrados en el siempre incompleto registro histórico” (2003: 109).

En su novela “Santa Evita”, Tomás Eloy Martínez (2002) asegura que todo relato es, por definición, infiel. “La realidad no se puede contar ni repetir. Lo único que se puede hacer con la realidad es inventarla de nuevo” (p. 41). Esto significa que la objetividad o pretensión de realidad no existe, sólo es posible alcanzarla en cierta forma. Tanto el periodismo, la novela o la historia tienen en común que recrean lo que sucedió y, además, sus respectivos autores interpretan los hechos para narrarlos mejor.

Dicho lo anterior, los textos que proponemos para nuestro análisis sobre la dictadura argentina de este autor son, sin embargo, más apegados a lo periodístico. Sin embargo, no existe la certeza absoluta de que ello sea así. Por ello nos limitamos sin más en el análisis de las piezas que seleccionamos para este trabajo.

### En busca de “La identidad perdida”

En este primer texto, Tomás Eloy Martínez explora el legado de la dictadura. Es difícil para un pueblo, para toda una nación, tener una herencia de estas características, e incluso puede ser más doloroso aún cuando los responsables del asesinato y desaparición de decenas de miles de personas conformaron todo un sistema de argucias legales para permanecer en la impunidad.

Por medio de una prosa lúcida, ágil y precisa, Eloy Martínez parte de un hecho capital: el cuestionamiento y largo peregrinaje de un joven de 21 años, que toda su vida ha creído ser el hijo de un ex oficial de la Armada Argentina. En agosto de 1998, mientras revisa varias páginas de internet, se percató de que su padre participó -junto a otros oficiales- en las torturas y secuestros durante la dictadura. Otro hecho que le llama la atención es que sus rasgos físicos no son similares a sus padres ni a ningún otro miembro de la familia. Y mientras más averigua, mientras más recaba datos, se torna más proclive a la decepción, al aislamiento y a un sinsabor muy prolongado. Todo ello hasta que acude a las autoridades y les dice: “Me llamo Javier Gonzalo Vildoza, pero tal vez soy otro. Quiero saber quién soy. A lo mejor soy hijo de desaparecidos” (Martínez, 2003: 14).

A lo largo de la historia de la literatura, la identidad ha sido un aspecto largamente analizado. Herman Melville (2004), el célebre novelista estadounidense, empezó su obra maestra *Moby Dick* con una afirmación ambigua: “Supongamos que me llamo Ismael”. Se trata de un juego de roles en el cual la identidad del narrador se niega a quedar en evidencia. Pero en el texto que nos muestra Eloy Martínez nada de eso ocurre. Hay un cuestionamiento que derivó en toda una revelación que reabrió el debate en Argentina sobre la dictadura militar.

Se trata de una gran discusión en torno a la identidad. “Tal vez soy otro”, “A lo mejor soy...”, “Quiero saber quién soy”. Todas estas palabras desesperadas buscan conocer “la verdad”. Contestar estas preguntas derivó en una auténtica “revolución”; es decir, “revolución” en el sentido de que las cosas cambiaron drásticamente.

De un momento a otro la vida de Javier Gonzalo Vildoza ya no era la misma. Las personas en quien confió siempre, le habían mentado toda su vida y le construyeron una realidad que él mismo nunca pidió vivir, lejos de sus verdaderos padres y familiares. Para él fue duro enterarse de ello. No había nacido en ningún hospital ni en el seno de un hogar, las investigaciones posteriores dieron cuenta que era uno de los nietos desaparecidos que buscaban incansablemente las Abuelas de Plaza de Mayo y que nació en una cámara de tortura en septiembre de 1977. Su historia condujo al arresto del ex almirante Emilio Eduardo Massera, que durante años secuestró y torturó a cientos de personas en la Escuela de Mecánica de la Armada.

Además, se descubrió que su madre, Cecilia Viñas, fue secuestrada cuando tenía siete meses de embarazo. Cuando dio a luz a Javier Gonzalo Vildoza en septiembre, se lo arrebataron y nunca pudo verlo. De su padre jamás se supo nada, lo que trascendió fue que a ella la mataron en marzo o abril de 1984, cuando ya había retornado la democracia a este país, pero aún había gente secuestrada. El caso generó indignación y ola de protestas. La pluma de Tomás Eloy Martínez describe así este proceso:

Durante más de siete años, los argentinos estuvieron sometidos a la violencia de un régimen que se adjudicó los derechos de Dios: suprimió la vida de miles de personas sin juicio ni condena previos, negó saber dónde estaban las personas que tenía secuestradas, enterró a muertos con identidad conocida en tumbas anónimas, se apropió de bienes ajenos y de niños, falsificando sus nombres e imponiéndoles otros dueños y otros padres (Martínez, 2003: 15).

El legado de la dictadura es catastrófico e indeleble. La memoria no es frágil. El relato histórico que configura la crónica periodística pretende poner en evidencia el testimonio desgarrador de las víctimas. Al comienzo de este trabajo mencionamos que la crónica es una de las formas de narrar la realidad latinoamericana, pero también ha sido una forma de intervenir. Sí, de intervenir contra el olvido y mantener la indignación. En palabras de Monsiváis (1980: 13), “la crónica es también una convocatoria a polemizar porque cuando se narra la nación describe lo cotidiano elevándolo al rasgo de lo idiosincrático”.



Cuando la crónica es construida también se construye la historia y se la dota de sentido, porque las palabras que se hilvanan una tras otra se convierten en acciones. Particularmente, esto ocurre con Tomás Eloy Martínez en sus textos de ficción, pero también en sus textos de no ficción, que es lo que analizamos en este trabajo.

Si pensamos que cuando nos miramos el rostro al espejo cada mañana y sabemos quiénes somos o qué hemos hecho, imaginemos por un momento la vida de Javier Gonzalo Vildoza descrita en “La identidad perdida”. Le han dicho quiénes son sus hermanos, quiénes son sus familiares más allegados, pero todo, todo cuanto ha transitado en su vida efímera ha sido una mentira forjada, nada más y nada menos, que por los asesinos de sus auténticos padres.

Ese empezar de nuevo, sabiendo que todo cuanto se ha hecho en la vida ha sido una falacia pone en entredicho a todo un sistema, a todo un país, a todo un Estado y a toda una nación. ¿Es posible? ¿Es justo? Y tantas otras inquietudes que pudieran pensarse sobre ello. La crónica intenta explicar y entender también este legado, inverosímil y tétrico, de la última dictadura de la Argentina. Y ese es su principal desafío.

Las crónicas de Tomás Eloy Martínez se caracterizan por dejar las huellas de sus fuentes, por explicar con breves rasgos el proceso de reportería. Con ello no es que el texto se vuelva más verosímil, pero podría decirse que adquiere mayor relevancia y validez. De esta forma, el autor nos muestra el recorrido que hizo para seguir de cerca estas historias.

Una de sus fuentes fue Víctor Penchaszadeh, jefe de la División de Medicina Genética en el *Beth Israel Medical Center* de Nueva York, que colabora con la organización de Abuelas desde 1982, cuando algunas de ellas viajaron a los Estados Unidos para denunciar las desapariciones de sus nietos ante las Naciones Unidas y la Organización de Estados Americanos. La colaboración de Penchaszadeh fue clave, porque hasta entonces la organización argentina de las Abuelas de Plaza de Mayo ignoraba que hubiera técnicas para identificar a los nietos perdidos sin recurrir al imposible análisis de sangre de los padres. Penchaszadeh, providencialmente salvado de un secuestro y exiliado desde 1976, les aconsejó que lo hicieran por los abuelos y otros parientes cercanos.

Un estudioso de la obra de Tomás Eloy Martínez es Juan Pablo Neyret (2012). En uno de sus artículos, titulado “Entre la sangre y el tiempo: ética y estética del ensayo periodístico en Tomás Eloy Martínez”, señala que la prosa de este autor se caracteriza por la inclusión del discurso periodístico, entendida como mediadora/traductora en el marco de la mixtura entre historia y ficción. Ello ocurre tanto al abordar la novela como en sus mismas crónicas. En “La identidad perdida” este rasgo se encuentra muy presente.

Neyret (2012) sostiene que a este tipo de textos se los puede denominar “crónicas auténticas”, porque están centradas en el “cómo” de lo acontecido -según lo ordena la preceptiva

periodística- y a veces hasta dan por supuesto y conocido el acontecimiento del cual arrancan, sin entrar en excesivos detalles. Esto significa que Tomás Eloy Martínez asume una forma particular de ver las cosas, la “realidad”, y es esa manera la que transmite a los destinatarios, su visión de determinadas situaciones o acontecimientos. Debido a su mirada es que es tan concluyente, firme y determinante cuando en la crónica que analizamos sostiene:

Todos los días, en la infinita historia, los seres humanos imaginan una manera nueva de llevar el odio más allá de la muerte. Pocas veces, sin embargo, las consecuencias fueron tan crueles como en la Argentina de 1976 a 1983. Ese pasado está dentro de nosotros y no hemos sido capaces de abarcar todavía su inmensa malignidad (Martínez, 2003: 16).

La “inmensa malignidad” a la que se refiere este autor permanece como una herida cruel y perversa que buena parte de la sociedad argentina es incapaz de olvidar. Por ello, el mismo Martínez asegura que la civilización que hemos predicado está marcada por golpes de barbarie. Lo cierto es que en “La identidad perdida” y en el resto de la obra de este autor se evidencia su compromiso con la gente, con su entorno. En palabras de Sartre (1965), el escritor mucho menos que nadie, puede escapar de la inserción en el mundo, y sus escritos son la característica del universal singular. En este sentido, textos como el que analizamos constituyen una parte del mundo, por medio de la cual la totalidad de este mundo se manifiesta sin revelarse.

### **Hacia el encuentro del dictador: Videla y sus cuentas pendientes**

Toda tragedia o acontecimiento histórico reprobable, que a la luz de la época contemporánea sea digno de generar vergüenza o indignación pública busca, necesariamente, la figura de un responsable a quien endilgarle toda la responsabilidad. Y se olvida que todo el entramado en el que se visibiliza un solo hombre es parte de un sistema donde han participado cientos de actores, que aprobaron con su voluntad y sus decisiones esas acciones que hoy son objeto de rechazo y condena. Sin embargo, se viraliza el rostro del mal en un solo sujeto. Pasó en Alemania con Hitler; en España con Franco; en Italia con Mussolini. Así podríamos enumerar muchos casos, en cada nación incluso. En Argentina se trata de Jorge Videla, quien fue uno de los líderes del levantamiento que, mediante un golpe de Estado, dio origen a la dictadura autodenominada Proceso de Reorganización Nacional y que empezó el 24 de marzo de 1976 con el derrocamiento de la entonces presidenta María Estela Martínez de Perón. Videla fue el

primer presidente de facto de la dictadura de 1976 hasta 1981. La dictadura terminaría en 1983.

En el texto que proponemos para su análisis, “Videla: las cuentas pendientes”, Tomás Eloy Martínez se refiere a los casos aún sin resolver en la dictadura y a los tantos enigmas que quedan “en el aire”. Igual que en el texto anterior, toma partido (ya dijimos que se trata de un autor comprometido con las causas sociales). Esta vez cuestiona las voces que piden una reconciliación en la Argentina, porque sabe que esa reconciliación no es otra cosa que la impunidad contra los responsables de la tragedia. No es otra cosa sino guardar silencio, mirar para otro lado y saber que los responsables gozan de los mismos derechos que aquellos que jamás asesinaron ni torturaron a nadie ni secuestraron a bebés. La posición de Tomás Eloy Martínez queda plasmada tajantemente en el texto de la siguiente forma:

No hay reconciliación posible si antes no se entiende por qué le pasó al país lo que le pasó, qué clase de comunidad éramos en 1976 y qué residuos de aquella comunidad sobreviven en la de ahora. Casi todos los debates librados durante la democracia pusieron en acento en la indignidad y enormidad de los crímenes cometidos por el Estado dictatorial de 1976-1983 (Martínez, 2003: 34).

Con ello, Tomás Eloy Martínez abre el debate. Y, además, analiza lo que describíamos anteriormente: ¿Tuvo responsabilidad la sociedad argentina o toda la responsabilidad es de un solo hombre? Lo explica de este modo:

Con menos frecuencia se ha subrayado que esos crímenes no podrían haberse cometido sin el consentimiento y hasta la aprobación entusiasta de casi toda la sociedad. Los debates han disimulado o soslayado el hecho de que en la Argentina cotidiana había algo perverso, enfermo, y que esa perversión puede seguir ahora, larvada bajo otros signos (Martínez, 2003: 35).

Igual que en “La identidad perdida”, en el que el autor hace referencia a una “inmensa malignidad”, ahora señala el surgimiento de algo “perverso, enfermo” que está ahí, presente, incluso bajo otras manifestaciones. Lo que propone Tomás Eloy Martínez es que haya un debate serio y honesto para alcanzar la reconciliación, que sea un proceso fruto de la reflexión, porque considera que los crímenes de 1976-1983 afectaron demasiadas vidas, desbarataron demasiados principios morales, corrompieron a la sociedad pero, sobre todo, hicieron de la Argentina un país peor. Los males de ese pasado son, en buena medida, causas de los males de este presente. Quedan todavía demasiadas cosas por aclarar y por discutir antes de

alcanzar la reconciliación. Nadie niega que sea necesaria, pero sin un franco debate previo, es prematura.

Tomás Eloy Martínez condena con intensidad que dos de los grandes intelectuales de la época hayan apoyado a los militares. Tanto Jorge Luis Borges como Ernesto Sábato aprobaron sus propuestas y decisiones. Por eso y por todos los acontecimientos durante esta época de auténtico terror, este autor llega a comparar a la Argentina con la sociedad alemana que le dio su venia al nazismo en 1933. En parte, porque había una sumisión ciega a poderes extremos. Y además, porque tanto en Alemania como en la Argentina se puso en la mesa del debate la idea de una reconciliación.

Desde la ex comunista Christa Wolf hasta el escéptico Gunther Grass –un incrédulo de la unificación–, hubo cuestionamientos sobre este aspecto tan delicado y que polarizaba a la sociedad de la época. Sostiene Tomás Eloy Martínez que la reconciliación se construye a partir de la discusión, y no al revés, y que los alemanes están todavía lejos de haberse reconciliado. En su texto reseña el libro *Los verdugos voluntarios de Hitler*, del historiador norteamericano D. J. Goldhagen (1996), en el que se conjeturaba que los fermentos antisemitas instalados en la conciencia de toda Alemania desde hace siglos fueron el inequívoco origen de los abusos del nazismo. Con ello, la intolerancia y el odio crecieron lentamente, alimentados a la vez por un poder mesiánico y por un pueblo frustrado, ávido de un poder providencial que le devolviera el orgullo. Esta última interpretación, asegura Tomás Eloy Martínez, es la más correcta y se asemeja al caso argentino.

Cuando en el texto que analizamos se detallan las cuentas pendientes de Jorge Rafael Videla, también se alude al criterio que este dictador tenía sobre los desaparecidos. En 1979, en una entrevista periodística, dijo una frase que con el tiempo se volvió célebre por el cinismo perverso que conlleva: “Le diré que frente al desaparecido en tanto esté como tal, es una incógnita, mientras sea desaparecido no puede tener tratamiento especial, porque no tiene entidad. No está muerto ni vivo... Está desaparecido” (1). Esta palabra se encuentra asociada a la dictadura en Argentina, porque el terror estatal fue instaurado en este sistema que los militares insistieron en llamar eufemísticamente Proceso de Reorganización Nacional.

De esta forma, los desaparecidos fueron víctimas de secuestros, de tortura y de asesinato por motivo políticos. Sus cuerpos nunca fueron entregados a sus familiares y permanecen, en su mayoría, desaparecidos. Todo eso fue maquinado por mentes como las de Videla. Su declaración fue reproducida en los medios de comunicación el 14 de diciembre de 1979. Sobre Videla, Tomás Eloy Martínez brinda la siguiente descripción:

Soldado hasta la exageración, hasta los extremos más obtusos, celoso de los reglamentos y de la misión redentora del ejército, Jorge Rafael Videla sin embargo violó esos modelos al mentirle al Supremo Tribunal Militar que lo interrogó en 1984. Dijo que no sabía de la existencia de campos clandestinos de concentración e insistió en que, cuando se detenía a una persona durante su gobierno, se la ponía a disposición de los jueces. Mintió muchas otras veces, antes y después. En una reciente biografía sobre el dictador, dos historias definen al personaje y también a su época. Una de ellas es asombrosa. Videla conocía a las monjas Alice Domon y Léonie Duquet, porque ambas habían cuidado con extrema solicitud y ternura a su tercer hijo, Alejandro, que tuvo el infortunio de nacer con deficiencias mentales. Cuando ambas monjas fueron secuestradas por un comando conjunto del Ejército y la Marina, vejadas, torturadas y asesinadas, Videla no hizo nada para impedirlo. Nada. Vivía en el perpetuo presente de los reglamentos, o en el limbo del Fin Mayor que justifica cualquier medio (Martínez, 2003: 35).

Encontrar las razones por las cuales la mayoría de los argentinos vivió con los ojos cerrados al terror cotidiano, como si fuera algo absolutamente normal, es uno de los propósitos de Tomás Eloy Martínez. Por ello se hace preguntas, indaga, reporta de forma exhaustiva, pero esas respuestas no aparecen por ningún lado. Tampoco especula ni divaga, sólo narra aquello que sucedió, aquello que va construyendo, recreando incluso, pero apegado a su honestidad, porque para él la “objetividad histórica” no existe.

Sin embargo, hay algo que queda retumbando al fondo de la consciencia luego de leer a Tomás Eloy Martínez: ¿Qué hay después, qué viene luego de las dictaduras latinoamericanas, luego del nazismo, luego de Videla? ¿El olvido? ¿Cómo recordar un pasado que sólo genera dolor y que está ahí, despertando las heridas cada tanto? Este autor recuerda que aquellos que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo.

Para Tomás Eloy Martínez, este pensamiento debe reformularse y citarse del siguiente modo: cerrar para siempre el libro del pasado es condenarse a abrirlo de nuevo, todos los días. El mañana no es algo lejano, está muy próximo, y para que termine finalmente de llegar este autor argentino considera que no hay futuro sin una comprensión clara y franca del pasado. Por eso escribe, por eso en sus obras narró aspectos de su realidad, para que la memoria siempre esté presente, para que la memoria no muera nunca más.

## **Conclusiones**

La crónica es la forma original de concebir un trabajo histórico. Se trata de la acción más elemental para explicar lo que ha sucedido. Actualmente es un género periodístico que, en sus inicios, no pertenecía a esta disciplina como sí lo eran el editorial, el reportaje o la entrevista. Antes que pertenecer al periodismo, la crónica fue, al inicio, un género historiográfico. Más tarde se volvió un género literario, para cuando la narrativa de ficción quiso adoptar formas y técnica en el realismo y el naturalismo. La crónica periodística tiene ese componente histórico que nos ayuda a entender y encontrar las claves de grandes sucesos para los cuales se intenta dar una respuesta.

La crónica periodística contemporánea ha sido un instrumento útil para construir un conocimiento histórico que no tendríamos, si no fuera por el gran legado que nos ha dejado el empleo que grandes autores han hecho de este género. Particularmente, en los textos que analizamos podemos dar cuenta de cómo ese relato histórico de la última dictadura en la Argentina se ha configurado en las crónicas de Tomás Eloy Martínez.

## Notas

(1) La frase ha sido tomada del siguiente enlace:<http://www.lavoz.com.ar/noticias/politica/videla-1979-no-esta-muerto-ni-vivo-esta-desaparecido>

## Bibliografía

- Borges, V. (1984). *O que é História*. Madrid: Editorial Paraninfo.
- Carvalho, C. (2014). "Memoria y narración en el periodismo: sobre algunas dimensiones teóricas y metodológicas allí implicadas". En *Revista Latinoamericana de Comunicación Chasqui*, 125, pp. 28-36.
- Goldhagen, D. (1996). *Los verdugos voluntarios de Hitler*. New York: Editorial Alfred A. Knopf.
- Martínez, T. (2003). *Réquiem por un país perdido*. Madrid: Editorial Aguilar.
- Martínez, T. (2009). *Lugar común la muerte*. Madrid: Editorial Alfaguara.
- Martínez, T. (2002). *Santa Evita*. Madrid: Editorial Alfaguara.
- Matute, Á. (1997). "Crónica: historia o literatura". En *Revista Historia Mexicana*, 4(46), pp. 717-718.
- Melville, M. (2004). *Moby Dick*. Madrid: Editorial Anaya.

- Monsiváis, C. (2006). *A ustedes les consta: antología de la crónica en México*. México DF: Editorial Era.
- Neyret, J. (2012). "Entre la sangre y el tiempo: ética y estética del ensayo periodístico en Tomás Eloy Martínez". En *Revista Iberoamericana*. LXXVIII (240), pp. 567-583.
- Ricoeur, P. (1995). *Tiempo y narración*. México DF: Editorial Siglo XXI.
- Sartre, J. (1965). *L'Écrivain est-il un intellectuel?* Paris: Editorial Gallimard.
- Villoro, J. (2008). *De eso se trata*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- White, H. (1992). *El contenido de la forma*, Barcelona: Editorial Paidós.
- White, H. (2003). *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona: Editorial Paidós.